

18 de marzo de 2007

Querido Alfonso,

¿Cómo recuperar la amistad?, si es que alguna vez ha existido.

Te escribo estas líneas como elemento de reflexión personal que quiero ofrecer a tu consideración. No pretendo, válgame Dios, impartir recomendaciones morales. Pero sí intentaré hacer un breve análisis de nuestra relación para que me ayude a mi mismo a recuperar el necesario equilibrio espiritual.

¿Recuerdas cuántas veces has preguntado, a unos y a otros, qué me pasó en CONCAPA? Quizá las respuestas no eran lo suficientemente convincentes. Ahora también hay personas que se preguntan si entre nosotros existía algún problema. Les resulta inexplicable esta situación. Puede ser que, durante el recorrido que nos ha traído hasta aquí, no nos hayamos conocido lo suficiente.

Te encuentras ante una persona extraordinariamente introvertida, meticulosa, perfeccionista, muy exigente consigo mismo, sentimental, reflexivo, autodidacta y disciplinado. Confiado en las personas, y fiel a aquellas a las que aprecio así como a los valores que, documentados, reflexionados y asumidos, rigen mi vida personal, familiar y profesional. Incapaz de superar la barrera que separa mi vida interior de la de los demás si no fuera por haber interiorizado un compromiso determinante con la sociedad. Soy decidido y a veces temerario, cuando creo que me asiste la verdad. Me siento incapaz de acercarme a una persona enseñándole los dientes; antes bien, mi relación con los demás está basada en mi disposición al afecto sincero.

Quizá entre mis defectos más concluyentes está el de esperar de los demás el mismo rigor, exigencia y afecto al que yo mismo me obligo. Antes de tomar decisiones, escucho los argumentos de los demás y procuro no hacer prevalecer mi criterio, intentando a toda costa evitar el enfrentamiento y buscar el acuerdo equilibrado. Por eso me molesta mucho cuando sospecho una falta de sinceridad. Me rebelo ante la sospecha de argucias, evasivas o pretextos. Soy intransigente con la superficialidad y con la falta de rigor. Con frecuencia, de todo ello hablo con Dios.

Querido Alfonso, ¿cómo recuperar la amistad?, si es que alguna vez ha existido. Quizá podríamos, al menos, redimirnos por la cordialidad sincera, exenta de apariencias fingidas.

Siempre vi en ti a una bellísima persona, sincero y honesto. Amigoso, pero distante. Poco confiado. No sé si hemos sido capaces de desvincular nuestra relación personal del estatus profesional. Sin embargo, mi disposición hacia ti ha sido siempre sinceramente amistosa. Me he ofrecido a conversar y ponerte en antecedentes sobre todo aquello que tú quisieras conocer sobre la organización y su trayectoria, aunque la falta de tiempo siempre nos ha limitado. He intentado colaborar, sin extorsionar la asunción paulatina de tu presidencia. Tu estilo es poco coincidente con el mío y, a pesar de mi convencimiento sobre la eficacia probada de mi forma de hacer, he procurado ser cuidadoso para que no te sintieras coartado o incómodo con mi proximidad.

...A mí me lo hicieron pasar muy mal.

Ciertamente la honestidad de nuestras actitudes se encuentra íntimamente ligada a nuestra conciencia. De esta manera, para ser honestos lo verdaderamente importante es actuar en conciencia. Por eso es tan importante la formación de la conciencia, tu lo sabes tan bien como yo. Los dos somos conocedores de que entre la conciencia relajada, tan frecuente en nuestros días, y la conciencia escrupulosa, ambas conducentes a la imperfección y al error, se encuentra la conciencia recta. A mi entender, la rectitud de conciencia es precisamente la virtud más necesaria en un dirigente social. Ella es precisamente la que nos hará superar los sinsabores, las contradicciones, los convencionalismos sociales, los temores ante amonestaciones inoportunas, desinformadas y perniciosas. Porque la conciencia recta está bien fundamentada, mientras que para la relajada y la escrupulosa todo son excusas, evasivas y relatividad revestidas de pragmatismo.

A pesar de todo, reconozco la dificultad del liderazgo social de un dirigente. Siempre lo he contemplado como un ejercicio de trascendencia pública impredecible pero muy significativa. No en vano mi candidatura a la presidencia nacional la preparé concienzudamente en el Monasterio de la Oliva acompañado de Santiago Arellano y otros amigos comunes. A pesar de ello cometí algunos errores, aunque ninguno que me haga arrepentirme de una gestión que considero, a pesar de las dificultades con las que me tropecé, sinceramente digna, generosa y eficaz. Siempre fui cuidadoso en no pronunciarme jamás con mi voto, consciente de que era el presidente de toda la confederación; no viéndome obligado a ejercerlo ni siquiera como voto de calidad.

Bien sabe Dios que, sobre el caso que nos ocupa, desde que surgió, y después de haber profundizado mínimamente en él, siempre me lo he planteado como una propuesta justa, posible y razonable. Así lo han percibido todos los miembros de la junta, no creo que se trate de una concesión por simpatía. Reconozco que no esperaba una oposición tan cerrada y tan insistente por tu parte. Que te apoye José Miguel, en la forma en que lo ha hecho, despreciando (quizá irónicamente, como es su estilo) a las personas, a sus argumentos y a su trabajo; no me ocasiona más que un profundo dolor y tristeza. Sin embargo, no me desvía un ápice de la consideración justa y honesta de la propuesta. Si te hubiera pedido un favor, serías libre de concedérmelo o no; pero no se trata de esto.

Sin embargo, lo que más me duele, Alfonso, es que los escrúpulos no te dejen percibir con claridad una disposición generosa y desinteresada de tantos años. Me duele porque tengo una amplia información y conocimiento de otras realidades similares a la que nos ocupa, pero mucho más irregulares y ocultas. Me duele, porque me debato conmigo mismo para no faltar a la Caridad juzgando actitudes mezquinas en donde puede que no las haya.

Si me permites descender brevemente a cuestiones más técnicas, y al margen de asuntos puramente retributivos, la Federación, las federaciones, la Confederación Nacional, necesitan una Dirección Gerente. Tradicionalmente se ha dado en llamar Secretaría Técnica. Esta persona es la que, sin engullirla, debe darle continuidad a la institución. Debe amortiguar las ausencias o deficiencias inevitables de los miembros de la junta. Es la que atiende y coordina la gestión diaria de la organización. Tiene una responsabilidad secundaria, pero trascendente, en cuanto a que la Federación permanezca en el estatus público e institucional que le corresponde. Ha de estar coordinada con el Presidente y con cualquier otro miembro de la junta que tenga responsabilidades concretas. Ésta es, a mi

juicio, la mejor inversión de futuro para organizaciones como la nuestra; y así se lleva a cabo en el noventa y nueve por ciento de los casos.

Con ello, el tratamiento afable a la persona contratada; prudente, no exento de exigencia rigurosa pero tolerante en los detalles intrascendentes; amable, como toda relación humana debe ser; sería para mí lo que completaría esa inmejorable herencia de futuro que pretendemos ofrecer a quienes nos sucedan. En mi opinión, una persona resentida por un tratamiento injustificado es la mejor siembra de discordia y el mejor abono para mantenerla siempre a la defensiva ante las personas que configuren las juntas venideras. Pensar en aquellos que nos sucederán ha sido siempre, también para mí, una constante. Y así debe ser.

La sinceridad en estos planteamientos me llevo a solicitar al Secretario General de la Conferencia Episcopal una persona que pudiéramos contratar para CONCAPA asumiendo esta gestión. Ésta figura la eché en falta como el agua en el desierto. No fue posible por falta de recursos económicos, a pesar de que el déficit endémico de la organización terminó por superarse durante los años en los que dirigí la gestión.

En fin, querido Alfonso, la burbuja en la que tú y yo estamos inmersos profesionalmente no nos debe confundir cuando nos vemos obligados a liderar acciones diferentes en la sociedad civil. El estilo lo llevamos impregnado en las entrañas, pero al mismo tiempo debemos ser ágiles e inteligentes para ejercitar nuestra capacidad de adaptación al medio. En este entorno el valor hay que demostrarlo. Yo lo he puesto al servicio de la sinceridad, en el ánimo de descubrirte una parte de los entresijos de mi alma ante una situación no buscada, finalmente violenta y difícil, pero creo que resoluble. Si mis reflexiones pueden llegar a herirte, lo lamento profundamente y te pido disculpas; la intención ha estado muy alejada de ello. Mi ánimo sigue siendo el de la conciliación.

Un fuerte abrazo

José Manuel Contreras Naranjo